

# LA HISTORIOGRAFÍA DE LOS NACIONALISMOS EN ESPAÑA

---

Justo G. Beramendi

Universidad de Santiago de Compostela

Mi intervención en este curso no pretende ser una descripción o un análisis pormenorizados de la abundante producción historiográfica de la última década sobre los nacionalismos en España, pues no cabría en una lección de esta índole, probablemente resultaría, por tediosa, poco útil y además sería reiterativa en los casos de Cataluña y Euskadi, los más importantes, a los que dedican sendas contribuciones reconocidos especialistas en la materia.

Por ello, me he marcado sólo dos objetivos, que considero los más adecuados para la ocasión. Por un lado, trazaré las grandes líneas de desarrollo de la historiografía en cuestión, insistiendo más en los diez últimos años, pero haciendo una obligada referencia al período inmediatamente anterior, ya que 1980 no marca ninguna divisoria importante en su evolución, sino que, como es bien sabido, la verdadera ruptura se produce en la segunda mitad de los sesenta y cuaja realmente en los setenta. Por otro lado, plantearé algunos de los problemas teóricos y metodológicos que suscita esa historiografía, de cuya resolución depende, a mi juicio, que se estanque o que siga progresando.

## El período 1939-1980: ¿la superación del historicismo nacionalista?

Como decía, es imposible valorar adecuadamente la producción de los ochenta sin tener en cuenta los antecedentes de algo que en absoluto nace *ex nihilo*. Y aunque lo sustancial de este apartado es un resumen de análisis historiográficos ya publicados —entre ellos, mi aportación al Coloquio de Santiago de 1983—, una mínima coherencia expositiva me obliga a recordarlos<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> JUSTO G. BERAMENDI, «Aproximación a la historiografía reciente sobre los nacionalismos en la España contemporánea», *Estudios de Historia Social*, n.º 28-29, 1984, pp. 49-76 y «Bibliografía (1939-1983) sobre nacionalismos y cuestión nacional en la España contemporánea», en *Ibidem*, pp. 491-515. Véase también JOSÉ LUIS DE LA GRANJA, «La historiografía reciente sobre el nacionalismo vasco», *Cuadernos de Alzate*, n.º 15, octubre 1991, pp. 80-88 y *Bibliografía de*

En este sentido, conviene decir que, por sorprendente que parezca, ni siquiera 1939, o 1936-39, es un buen «punto cero» en nuestro tema, pues la guerra civil, censura drástica en lo *histórico*, no lo fue en lo *historiográfico*. Cambian, y mucho, los hechos a historiar, las condiciones en que puede o no puede hacerse, la importancia relativa y hasta el carácter de las ideologías que inspiran a los historiadores, pero no los principios teóricos ni los métodos con los que se escribe la historia en general, y la de los nacionalismos muy en particular.

En efecto, si bien antes de 1936-39 abundan los escritos teóricos, programáticos e histórico-políticos de ideólogos, publicistas e incluso historiadores, tanto de nacionalistas periféricos como de partidarios de identificar el Estado con la nación española, la historiografía que nos ocupa, en rigor, estaba casi non-nata. Hay historias de las «naciones» (española, catalana, vasca, gallega) pero apenas historias de los nacionalismos correspondientes. Estas aparecen, salvo muy contadas excepciones, subsumidas en aquéllas, en una fusión muy propia de visiones de la historia articuladas alrededor del concepto de nación orgánica y objetiva, común a la gran mayoría de los autores. En el caso de los nacionalismos periféricos, esta fusión, o confusión, es tanto mayor cuanto más atrasado se encuentra en su diversificación ideológica o en su arraigo social. Y así, los pocos «historiadores» se concentran en Cataluña, donde este fenómeno es, además, bastante precoz<sup>2</sup>. En cambio, la ausencia de distinción entre los dos tipos de historia es muy fuerte en Euskadi<sup>3</sup> y total en Galicia<sup>4</sup>. En el caso del nacionalismo español, su carácter de complejo ideológico desigualmente difuso en todo el espectro político, como corresponde a su referencia a una unidad estatal antigua, inhibe aún más su consideración como objeto diferenciado de estudio, papel que se reserva en exclusiva al Estado y a la nación, sin que esto implique ni mucho menos la ausencia de un fuerte componente españolista en los tipos de escritos a que nos estamos refiriendo<sup>5</sup>.

---

*Historia Contemporánea del País Vasco*, Eusko Bibliographia, Vitoria-Gasteiz, 1991; y E. UCELAY DA CAL, «La historiografía en Cataluña (1960-80): marxismo, nacionalismo y mercado cultural», *Historia y Crítica*, n.º 1, 1991, pp. 131-153.

<sup>2</sup> El autor más importante en este campo es sin duda el catalanista de izquierda ANTONI ROVIRA i VIRGLI (*Història dels moviments nacionalistes*, Societat Catalana d'Edicions, Barcelona, 1913; *Resum d'història del catalanisme*, Barcino, Barcelona, 1936, y *Valentí Almirall*, Barcino, Barcelona, 1936). Sin embargo, el interés del catalanismo por su propia historia es aún más temprano, como lo demuestra, por ejemplo, la obra de E. MOLINÉ i BRASÉS, *Resum sintètic de la història del catalanisme*, Estampa Acadèmica, Barcelona, 1907.

<sup>3</sup> Véase B. ESTORNES LASA, *Historia del País Vasco*, Ed. Vasca, Zarauz, 1933; B. de ESTELLA, *Historia vasca*, Verdes Achirica, Bilbao, 1931; J. ORUETA, *Fueros y autonomía. Proceso del Estatuto Vasco (1905-1933)*, Nueva Editorial, San Sebastián, s.a. (1934); E. de ARANZADI, *Ereintza. Siembra de nacionalismo vasco 1894-1912*, Ed. Vasca, Zarauz, 1935; y J.A. AGUIRRE, *Entre la libertad y la revolución 1930-35*, Verdes, Bilbao, 1935.

<sup>4</sup> Vid. Ramón VILLAR PONTE, *Historia sintética de Galicia*, Nós, Coruña, 1927; y Ramón OTERO PEDRAYO, *Ensayo histórico de la cultura gallega*, Nós, Santiago de Compostela, 1932.

<sup>5</sup> Aparte del indudable ingrediente nacionalista español —de uno u otro signo ideológico— presente en todas las Historias de España escritas desde mediados del siglo XIX, a partir de los

Pero en todos los casos, la característica historiográfica central, por encima de diferencias ideológicas y nacionales, es el intenso pragmatismo nacionalista, al que se subordina cualquier otro criterio metodológico. Se trata de demostrar la existencia y antigüedad de la nación propia, su despliegue histórico-«real», la bondad de sus elementos constitutivos, los períodos y causas de su esplendor o su decadencia, la responsabilidad de los rivales nacionales en la génesis de sus males, y como el nacimiento y desarrollo del nacionalismo (o del patriotismo), cuya necesidad y bondad nunca se discute, no es sino el mero despertar de la nación que ha de producirse necesariamente en cuanto se den circunstancias históricas favorables. Y dado que el proceso a historiar es esencialmente político (incluso en sus fases más «culturales»), estas obras, además de pragmáticas, se encuadran la mayoría en el ámbito de la historia política tradicional, tanto por las características del relato como por el tipo de fuentes y el modo de usarlas. Si a esto unimos que de la propia intencionalidad nacionalista se deriva la idea de la irreductible singularidad de cada nación, y por ende de cada historia nacional, parece claro que, en lo historiográfico, nos encontramos ante una persistente prolongación del *historismus* decimonónico.

En la inmediata posguerra, las consecuencias traumáticas de la guerra civil, percibida también como guerra nacional, intensifica aún más el carácter de literatura de combate de los escritos político-históricos que los nacionalistas publican en el exilio<sup>6</sup>. La conciencia de que se ha cerrado una época histórica, saldada con un tremendo fracaso, genera auténticos testamentos generacionales en los que la fusión a que me refería antes alcanza cotas

---

años 1890 abundan las obras específicamente puestas al servicio de la defensa o la definición de la nación española y que, no por muy conocidas en su mayoría, podemos dejar de mencionar. Ahí están desde los más célebres escritos del regeneracionismo y sus aldeaños (Macías Picavea, Mallada, Costa, V. Fité, Jiménez Valdivieso, Ganivet, etc.) hasta el *Genio de España. Exaltaciones a una resurrección nacional y del mundo* (Madrid, 1932) de Ernesto Giménez Caballero, pasando, cómo no, por ORTEGA Y GASSET (*La España invertebrada*, Madrid, 1921). Pero quizá sea socialmente más significativa la enorme cantidad de obritas, en sintonía con esos «grandes», que ayudaron a propagar el españolismo y la idea de un carácter o *Volkgeist* español. Por ejemplo, *La Voz de España contra todos sus enemigos, por Un Patriota*, Imp. de El Mercantil, Sevilla, 1899; o Gustavo LA IGLESIA Y GARCIA, *El Alma Española. Ensayo de una psicología nacional*, Ed. Góngora, Madrid, s.a. (1908), y en vena similar, Salvador DE MADARIAGA, *Ingleses, franceses, españoles. Ensayo de psicología comparada* (1928), Ed. Hermes, México, 1951; o Juan GUAL RIBA, *La unidad nacional (España y sus principios básicos en la nueva civilización)*, Imp. Clarasó, Barcelona, 1929.

<sup>6</sup> Por ejemplo, J. A. de AGUIRRE, *De Guernica a Nueva York pasando por Berlín*, Ed. Ekin, Buenos Aires, 1943; «M. de URRUTIA» (Manuel Eguileor), *Arana-Goiri tar Sabin en la Historia de Euzkadi*, Sabindiar-Batza, Bayona, 1954; «A. de LIZARRA» (Andrés de Irujo), *Los vascos y la República Española. Contribución a la Historia de la Guerra Civil*, Ed. Ekin, Buenos Aires, 1944; P. de BASALDUA, *En defensa de la verdad. Los vascos en la guerra civil española*, Ed. Ekin, Buenos Aires, 1956; P. BOSCH I GIMPERA y F. SOLDEVILLA, *Història de Catalunya*, Col. Catalònia, México, 1942; o A. OSSORIO I GALLARDO, *Vida y sacrificio de Companys*, Ed. Losada, Buenos Aires, 1943.

extremas<sup>7</sup>. En el interior, amén de la reescritura de la historia de España en clave fascista, nacionalcatólica o neotradicionalista, y de obras de descalificación de los nacionalismos derrotados<sup>8</sup>, sigue el desinterés historiográfico hacia el nacionalismo español, quizá porque en ese momento habría sido más inconveniente que nunca su análisis. En cualquier caso, los rasgos apuntados para la preguerra persisten sin más cambio que su acentuación.

No deja de ser significativo que sea en el interior, y desde el españolismo más militante, donde surjan las primeras historias de los nacionalismos vasco y catalán. Con todos sus defectos, las obras de García Venero<sup>9</sup> marcan un punto de partida. En cierto sentido, el hecho de situarse fuera y contra su objeto de estudio le permite —o le obliga a— abandonar la perspectiva anterior del *self-representative discourse* para escribir unas historias, malas y hostiles, pero historias al fin. Y en esto radica toda su originalidad, pues en lo demás utiliza elementos presentes ya en otros. En efecto, los caracteres historiográficos son los de siempre: pragmatismo nacionalista (pro-español y anticatalán o antivasco), base empírica muy deficiente (uso casi exclusivo e incompleto de fuentes bibliográficas y hemerográficas), ausencia de esquemas analíticos apropiados y relato centrado en acontecimientos políticos. A esto se superpone una idea de nación española repetida en la historiografía peninsular desde Modesto Lafuente y unas explicaciones sobre las causas y consecuencias de los nacionalismos periféricos que eran lugares comunes en la literatura fascista y falangista desde los años treinta.

El único, y tímido, progreso procede en estos años de Jesús Pabón, en cuya obra se aprecia un esfuerzo de ecuanimidad, una base empírica más rigurosa aunque también restrictiva, producto de una actitud positivista hacia la selección y tratamiento de las fuentes, y un distanciamiento del esquema explicativo cerradamente españolista, para ensayar otro que, aunque insatisfactorio, abría al menos una vía de futuro<sup>10</sup>.

<sup>7</sup> Un caso paradigmático es *Sempre en Galiza*, de Alfonso R. CASTELAO (Ed. As Burgas, Buenos Aires, 1944; 2.ª ed. aumentada, 1961). Con una significación comparable, Manuel SERRA I MORET, *Ciudadanía catalana. Breuari de cogitacions, remarques i orientacions per als catalans*, Ed. Verdager, Buenos Aires, 1957 y, desde posiciones ideológicas muy diferentes, Luis DURAN I VENTONSA, *La esencia de los nacionalismos*, Ed. Tor, Buenos Aires, 1939.

<sup>8</sup> G. de BALPARDA, *Historia crítica...*, vol. 3, Ed. Nacional, Madrid, 1945; R. SIERRA BUSTAMANTE, *Euskadi. De Sabino Arana a José Antonio Aguirre. Notas para la historia del nacionalismo vasco*, Ed. Nacional, Madrid, 1941; J. de YBARRA, *Política nacional en Vizcaya. De la Restauración a la República*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1948; A. ROYO VILLANOVA, *Treinta años de política antiespañola*, Lib. Santarem, Valladolid, 1940. El representante más conspicuo del enfoque neotradicionalista es Francisco ELIAS DE TEJADA Y SPINOLA: *Las Españas. Formación histórica. Tradiciones regionales*, Ed. Ambos Mundos, Madrid, 1948; *La tradición gallega*, Madrid, 1944; y *El Señorío de Vizcaya (hasta 1812)*, Minotauro, Madrid, 1963.

<sup>9</sup> *Historia del nacionalismo catalán*, Ed. Nacional, Madrid, 1944; *Historia del nacionalismo vasco*, Ed. Nacional, Madrid, 1945; y *Vida de Cambó*, Aedos, Barcelona, 1952.

<sup>10</sup> Jesús PABÓN, *Cambó*, Barcelona, Alpha, 3 vol., 1952 y 1969. En el vol. 1, pp. 97-99, achaca la formación del catalanismo político a la acción combinada del proteccionismo económico, el

Pero, como ya he dicho y todos sabemos, la verdadera ruptura se inicia en los últimos años sesenta y cuaja en los setenta. Contribuyen a ello diversos factores.

En primer lugar, el rebrote de la oposición política y sindical al franquismo y, dentro de ella, la alianza entre partidos de izquierda y nacionalistas frente al enemigo común, así como el notable incremento que experimentan las tendencias socialistas y comunistas en el seno de los propios nacionalismos. Esto da lugar a un diálogo ideológico muy fluido, e históricamente nuevo, entre marxismo y nacionalismo en Cataluña, Euskadi, Galicia, Valencia, etc., que repercute en los medios intelectuales y universitarios y, por tanto, en los jóvenes investigadores. De ahí que, a pesar de la pervivencia de ideologías pro-régimen en puestos clave del *establishment* universitario, y de las consiguientes restricciones, se abran nuevas líneas de investigación de la historia contemporánea de España tendentes a conocer y explicar las raíces del presente: revolución burguesa, desarrollo constitucional, historia económica, movimiento obrero, etc. El reconocimiento de que la cuestión nacional había sido *una* de las grandes fuentes de conflictividad promueve el estudio de los nacionalismos desde perspectivas cualitativamente diferentes a su consideración anterior.

En segundo lugar, el desarrollo paralelo de una historiografía más «regionalizada» e incluso de auténticas historias «regionales», que inician la superación tanto del carácter estrictamente político-historicista como de la visión holista del conjunto hispánico. La obra de Jaume Vicens Vives había preparado esta renovación en los cincuenta y sus discípulos la continuaron en los sesenta, acelerando en algunos casos la mutación ideológica y metodológica. A esto vendrá a sumarse después el estímulo «exterior» de los Coloquios de Pau, promovidos por Manuel Tuñón de Lara, y la labor individual desde el interior de figuras como José María Jover y José Antonio Maravall. Sin embargo, creo que, desde nuestro punto de vista, la influencia mayor a tener en cuenta es la de Pierre Vilar y su *Catalogne...*<sup>11</sup> cuyo impacto teórico (marxismo occidental) y metodológico (Annales) fue decisivo

---

federalismo político, el tradicionalismo y el renacimiento cultural, es decir, a una mezcla de factores endógenos y exógenos, político y no políticos. No obstante, afirma que «el catalanismo político es, sobre todo, un resultado de este renacimiento».

<sup>11</sup> Pierre VILAR, *Catalogne dans l'Espagne moderne. Recherches sur les fondements économiques des structures nationales*, S.E.V.P.E.N., París, 1962 (trad. catalana, *Catalunya dins l'Espanya moderna*, Ed. 62, Barcelona, 1964, 4 vols.). En las dos primeras partes de la Introducción. «Les etapes metodològiques: de l'investigació geogràfica a l'investigació de les estructures nacionals (vol. 1, pp. 15-45) y «Espanya i Catalunya: examen retrospectiu de les relacions entre els dos grups» (*Ibid.*, pp. 47-81), Pierre Vilar, profundizando en la revisión iniciada por Rodinson en 1958, articula una propuesta teórica para la consideración de las naciones y los nacionalismos por los historiadores, que se sitúa a medio camino entre la concepción estaliniana clásica de la nación como estructura y la noción futura de nación/nacionalismo como procesos históricos condicionados por «el desarrollo desigual de las estructuras y el papel organizador de las clases» (p. 44).

para el *take-off* tanto de la nueva historia de Cataluña en general como de la del catalanismo en particular. Y no olvidemos que es en Cataluña donde se inicia la ruptura que aquí nos interesa.

Lo cierto es que el estudio de los nacionalismos experimenta en 1967/70-1980 un cambio radical, cuantitativo y cualitativo. Un cambio que es historiográficamente contradictorio. En efecto, por un lado, el desarrollo político de los nacionalismos periféricos re-emergentes exigía, entre otras cosas, recuperar y ampliar el discurso autoafirmativo y legitimante de pre-guerra, y esto explica la avalancha de escritos que, situándose de nuevo en las coordenadas de un historicismo nacionalista más o menos *aggiornato*, buscan recuperar la historia de naciones/nacionalismos como arma de combate contra el franquismo españolista y contra la posible perpetuación de un centralismo postfranquista. Como puse de manifiesto en 1983, esta literatura de autoafirmación es, con mucho, la más abundante en esta década. Simultáneamente, la inevitable identificación del nacionalismo español con el franquismo produce un eclipse casi total, salvo en los tardofranquistas por otra parte cada vez más callados y a la defensiva, de esa misma actitud en relación con España/españolismo, hasta el punto de que en el lenguaje político al uso llega a estar mal visto utilizar el término «España» que es púdicamente sustituido por «Estado español» (por cierto, acuñado originariamente por el franquismo), como si casi todas las opciones ideológicas democráticas hubiesen asumido la vieja tesis periférica de que España no era nación sino sólo Estado.

Pero, por otro lado, nace un enfoque cualitativamente nuevo. Y a partir de ahora nos centraremos en esta nueva historiografía y en su evolución, bien entendido que la vieja, aun en retroceso continuo, persiste hasta nuestros días. Sólo indicaremos su presencia cuando siga siendo muy relevante en algún ámbito territorial o temático.

La inspiración teórica dominante en lo nuevo es de origen marxiano, y más concretamente del marxismo francés, tanto por las influencias señaladas como por la filiación política de sus iniciadores (Solé Tura, Molas, Elorza, Corcuera). Las principales consecuencias de esto en el plano teórico fueron:

a) El abandono del pragmatismo nacionalista, al menos como principio dominante, así como de buena parte de los métodos tradicionales, con lo que se supera el tardohistoricismo.

b) En consecuencia, se practican «análisis concretos de realidades concretas» (esencia del método marxista, según Lenin), que pretenden analizar y explicar los nacionalismos en su relación con la sociedad y el marco político institucional en que se desarrollan, y no como meras emanaciones de una «persona» nacional pre-existente. Y aunque al comienzo esto se reducirá en buena medida a «chercher la bourgeoisie» correspondiente, muy pronto la rápida renovación de la historiografía marxiana que se produce en Europa occidental permitirá percibir cada nacionalismo como un fenómeno históri-

co dinámico e internamente plural y contradictorio, tanto en sus bases y apelaciones sociales como en sus formulaciones ideológicas, sus organizaciones y sus prácticas políticas.

c) Este protagonismo metodológico del marxismo, absorbente en el primer momento, provoca la atrofia de otras influencias con gran predicamento fuera de España, en particular la del vigoroso sociologismo anglo-americano<sup>12</sup>, apenas presente entre nosotros. Esto no sólo obstaculiza la adopción y aplicación de sus modelos explicativos generalizadores (proceso de modernización, importancia de la *intelligentsia* y de la comunicación social, etc.), lo que por cierto no creo haya constituido una gran pérdida, sino que también inhibe la adecuada consideración de conceptos nuevos (etnicidad, etnocentrismo, *nation-building*, etc.) que hubiesen podido contribuir a suscitar el interés de los investigadores por aspectos de la cuestión nacional que han sido bastante descuidados hasta ahora, especialmente la función, activa y reactiva, del Estado en la génesis de los nacionalismos y la relación entre éstos y los procesos de nacionalización real de la sociedad.

d) Aunque parezca sorprendente, la irrupción del marxismo también traía consigo la posibilidad de reforzar la visión nacionalista objetivista —o esencialista, si se prefiere— en un punto crucial, el concepto de nación, y de hecho la reforzó en más de un caso, como veremos. Ya he dicho en otros lugares, y otros lo señalaron antes que yo<sup>13</sup>, que la definición canónica de nación del marxismo estaliniano, tomada por Stalin del florido huerto de los historicismos organicistas centroeuropeos y transplantada sin mayores cambios ni miramientos teóricos al marxismo, coincide en lo fundamental con la que habían venido articulando las teorías nacionalistas, y no podía ser de otro modo puesto que su origen era idéntico. Esto ha permitido sostener la existencia objetiva y prepolítica de una nación orgánica desde posturas de izquierda y ultraizquierda. Y en lo que a nuestro tema se refiere ha tenido dos consecuencias mayores. La primera es que, allí donde no se cuestionaba

---

<sup>12</sup> Vid. Karl W. DEUTSCH, *Nationalism and Social Communication. An Inquiry into the Foundations of Nationality* (1953), 2.ª ed., MIT Press, Cambridge (Mass.), 1978; Ernst GELLNER, *Thought and Change* (1964), Weidenfeld and Nicholson, Londres, 1973 y *Nations and Nationalism*, Basil Blackwell, Oxford, 1983; y Anthony D. SMITH, *Las teorías del nacionalismo* (1971), Ed. Península, Barcelona, 1976, donde Smith, aparte de sus propias posturas (después algo modificadas en *The Ethnic Origins of Nations*, Blackwell, Oxford, 1986), ofrece una descripción muy completa de las diversas variantes de esta corriente.

<sup>13</sup> En «Aproximación a la historiografía reciente ...», art. cit., pp. 70-73 y en la «Introducción» a *El nacionalismo gallego en el primer tercio del siglo XX*, tesis doctoral, Universidad de Santiago de Compostela, 1987, tomo I, pp. 33-91. Dentro de la abundante bibliografía sobre la relación teórica entre marxismo y nacionalismo, véase G. HAUPT, M. LOWY y Cl. WEILL, *Les marxistes et la question nationale (1894-1914)*, Maspero, París, 1974; H. B. DAVIS, *Nacionalismo y socialismo*, Península, Barcelona, 1972; M.ª José AUBET, *Rosa Luxemburgo y la cuestión nacional*, Anagrama, Barcelona, 1977; y R. MUNCK, *The difficult dialogue. Marxism and Nationalism*, Zed Books, Londres, 1986.

ni en la teoría ni en la práctica esa definición canónica, renació un nuevo pragmatismo nacionalista, ideológicamente encuadrado en el marxismo-leninismo-estalinismo pero teórica y metodológicamente continuador del *historismus* en más de un aspecto básico. Su resultado fueron las que podríamos llamar historias patriótico-revolucionarias que, con independencia de la valoración *política*, positiva o negativa, que pueda hacer cada cual de la causa que defienden, constituyen *historiográficamente* un retroceso a tiempos pasados<sup>14</sup>. La segunda consecuencia se produce allí donde sí se cuestiona la definición de *marras*, lo que conduce a plantear un problema teórico nuclear (que debería haber sido un no-problema para los historiadores, de no mediar la prevalencia del principio de autoridad y del dogma sobre el método científico y la racionalidad investigadora), con el que tuvieron que bregar los pioneros de esta renovación historiográfica. Pues si la nación tiene una existencia objetiva e independiente del nacionalismo, Stalin *dixit*, surgen inmediatamente dos preguntas: primera, ¿qué es la nación?; y segunda, ¿hay que considerarla o no uno de los factores causales del nacionalismo, y en caso afirmativo, en qué medida? Ambas preguntas devolvían, en el fondo, la pelota teórica al campo del historicismo nacionalista y dejaban abierta una vía para la interferencia del viejo esencialismo en la nueva historiografía. Con ellas seguía en pie el contencioso *historia nacionalista de la nación propia versus historia del nacionalismo* y se corría el riesgo de que la cuestión teórica principal continuase siendo el eterno y metahistórico interrogante (*Qu'est-ce que la nation?*), en lugar de los históricos y analíticamente útiles del *qué* y el *por qué* de los nacionalismos. Lo que parecía expulsado por la puerta tornaba por la ventana. Y costó mucho volver a expulsarlo, como lo demuestran los arduos esfuerzos autocríticos del marxismo occidental en torno a un problema que, para muchos, todavía permanece abierto<sup>15</sup>.

Pero, para bien o para mal, la práctica profesional adquirió una dinámica relativamente autónoma respecto a las polémicas ideológicas y teóricas,

<sup>14</sup> Buenos ejemplos de esto son ORTZI (F. Letamendía), *Historia de Euzkadi: el nacionalismo vasco y ETA*, Ruedo Ibérico, París, 1975, recientemente corregida y muy aumentada en *Euskadi. Pueblo y Nación*, Kriselu-Sendoa, San Sebastián, 1990, 7 vols.; y BELTZA (E. López Adán), *El nacionalismo vasco. 1876-1936*, Txertoa, San Sebastián, 1976.

<sup>15</sup> Vid. Maxime RODINSON, «Sur la théorie marxiste de la nation», *Voies nouvelles*, n.º 2, París, mayo 1958; E. TERRAY, «L' idée de nation et les transformations du capitalisme», *Les Temps Modernes*, n.º 324-326, agosto-septiembre 1973; J.Y. GUIOMAR, *L'idéologie nationale. Nation. Représentation. Propriété*, Ed. Champs Libre, París, 1974; J. SOLÉ TURA, «Historiografía y nacionalismo. Consideraciones sobre el concepto de nación», *Boletín Informativo de la Fundación Juan March*, n.º 42, oct. 1975, pp. 3-14, y «La questió del Estat i el concepte de nacionalitat», *Taula de canvi*, n.º 1, 1976; R. RIBO, «Aproximació metodològica al fet nacional», *Recerques*, n.º 4, 1974, y «Conceptes polítics i realitat, nacional», *Taula de canvi*, n.º 3, ene-feb. 1977; e I. MOLAS, «Notes sobre la nació», *Debat*, n.º 2, junio 1977. Las recientes reflexiones de E.J.HOBSBAWM, *Nations and Nationalism since 1780. Programme, Myth, Reality*, Cambridge Univ. Press, 1990, demuestran que este interrogarse obsesivamente sobre la nación para estudiar los nacionalismos ha sido felizmente superado por la historiografía marxista.

de modo que las investigaciones se centraron en los nacionalismos y en su relación con las sociedades que los engendraban, y no en las naciones entendidas al modo convencional. Esta renovación comienza en Cataluña en 1967 con el libro de Jordi Solé Tura, *Catalanisme i revolució burgesa*, cuyo título es suficientemente expresivo de la nueva perspectiva. Muy deudor todavía de la ortodoxia marxista sobre el carácter burgués de los nacionalismos, se circunscribe al análisis de ideologías y se limita al uso de las fuentes tradicionales. En 1972 se produce un gran avance metodológico con la obra de Isidre Molas que, mediante el recurso a nuevas fuentes (principalmente electorales), invierte el procedimiento intentado establecer más empíricamente la relación entre el catalanismo conservador y determinados grupos sociales, en lugar de usar esa relación como un apriori a comprobar desde los discursos de los líderes<sup>16</sup>. Esta vía culmina en 1977 con la obra de Borja de Riquer, quien desentraña la conversión del catalanismo, de movimiento cultural y conjunto de fuerzas políticas embrionarias y marginales, en fuerza política moderna y central en Cataluña, a partir del viraje nacionalista de la burguesía tras el desastre del 98 y sus consecuencias económicas y políticas<sup>17</sup>. Con esto se establecía, sobre la base de unos estudios empíricamente rigurosos y metodológicamente innovadores, un esquema explicativo convincente de un momento decisivo del nacionalismo catalán, así como la descripción y el análisis de su tendencia dominante desde principios de siglo a la dictadura de Primo de Rivera. Indudablemente este avance sirvió de estímulo y de modelo a los que siguieron en otros ámbitos. Continuando con Cataluña, hubo autores, como Josep Termes, que, sin investigaciones de base equivalentes, cuestionaron este esquema y reivindicaron la importancia del componente social popular y el ideológico de izquierdas en el desarrollo histórico del catalanismo antes y después de ese período<sup>18</sup>. Y otros en fin exploraron períodos, tendencias ideológicas, partidos y aspectos diferentes, con lo que se consiguió un capital historiográfico sin paralelo fuera de Cataluña en el campo que nos ocupa<sup>19</sup>.

<sup>16</sup> Isidre MOLAS, *Lliga Catalana. Un estudi d'Estasiologia*. Ed. 62, Barcelona, 1972. 2 vols. Véase también *El catalanisme hegemònic. Cambó y el Centro Constitucional*. Redondo, Barcelona, 1972, y *El sistema de partidos políticos en Cataluña, 1931-1936*. Península, Barcelona, 1974.

<sup>17</sup> Borja de RIQUER, *Lliga Regionalista: la burgesia catalana i el nacionalisme (1898-1904)*. Ed. 62, Barcelona, 1977, y *Regionalistes i nacionalistes (1898-1931)*. Dopesa, Barcelona, 1979.

<sup>18</sup> Josep TERMES, «Nationalisme et ouvrièrisme catalan (1868-1874)», en E. LABROUSSE, ed., *Mouvements nationaux d'indépendance et classes populaires au XIXe et XXe siècles en Occident et en Orient*. A. Colin, París, 1971, y «Problemes d'interpretació del nacionalisme català» (Col. loqui d'historiadors, Barcelona, 1974) en *Federalismo, anarcosindicalismo y catalanismo*. Anagrama, Barcelona, 1976. En la misma línea y del mismo autor, *La inmigració a Catalunya i altres estudis d'història del nacionalisme català*, Ed. Empuries, Barcelona, 1984; *Catalanisme: història, política i cultura*, L'Avenç, Barcelona, 1986, y «El catalanisme i les classes populars en la història», en *Federalisme i estat de les autonomies*, Barcelona, 1988.

<sup>19</sup> Por ejemplo, sobre el catalanismo anterior a c.1890: J. CAMPS i GIRO, *La guerra dels matiners i el catalanisme polític (1846-1849)*. Curial, Barcelona, 1978; y J. J. TRIAS, *Almirall y los*

La historiografía vasca es la única que, con cierto retraso, sigue en los setenta los pasos de la catalana. Muy rica en el análisis de las ideologías, aunque sin llegar a establecer un modelo analítico sistemático en este campo, busca también explicarse socialmente el nacionalismo y llega, sobre todo con la obra de Javier Corcuera, a ofrecer una reconstrucción y una explicación muy satisfactorias del proceso de gestación de un nacionalismo reactivo, de base social mayoritariamente precapitalista, inicialmente anti-industrial y antidemocrático, e ideológicamente etnorracista, católico y reaccionario. Muy diferente, por tanto, del catalán, tanto en sus mecanismos genéticos como en sus caracteres dominantes. Sin embargo, y con excepción de las valiosas incursiones de A. Elorza en el campo de las ideologías y de J. P. Fusi en el período republicano, el avance se circunscribe al período de formación (c. 1890-c.1910)<sup>20</sup>.

En el resto, los progresos, cuando los hay, son mucho más limitados tanto en lo metodológico como en los campos que se cubren. En Galicia sólo podemos hablar de atisbos del salto cualitativo que se producirá en la década siguiente en la historia contemporánea en general y en el estudio del galleguismo en particular<sup>21</sup>. En cambio, el valencianismo, gracias a la obra de A. Cucó, se dota de una historia que, si bien excesivamente política y

---

*orígenes del catalanismo*, Siglo XXI, Madrid, 1975. Sobre el minoritario catalanismo marxista de los años treinta y la realidad conexas del BOC/POUM: Roger ARNAU (J. Benet), *Marxisme català i qüestió nacional catalana (1930-36)*, Ed. Catalanes de París, 1974, 2 vols; A. BALCELLS, *Marxismo y catalanismo 1930-1936*, Anagrama, Barcelona, 1977; F. BONAMUSA, *El Bloc Obrer i Camperol. Els primers anys (1930-1932)*, Curial, Barcelona, 1974, y *Andreu Nin y el comunismo en España, 1930-1937*, Anagrama, Barcelona, 1977. Sobre otras tendencias políticas: Joan B. CULLA, *El catalanisme d'esquerra (1928-36)*, Curial, Barcelona, 1977; y H. RAGUER, *La Unió Democràtica de Catalunya i el seu temps (1931-39)*, Pub. de l'Abadia de Montserrat, 1976. Sobre el proceso y las instituciones de autogobierno: J. A. GONZALEZ CASANOVA, *Federalisme i autonomia a Catalunya, 1868-1938*, Curial, Barcelona, 1974; M. GERPE, *L'Estatut d'Autonomia de Catalunya i l'Estat integral*, Ed. 62, Barcelona, 1977; I. E. PITARCH, *L'estructura del Parlament de Catalunya i les seves funcions polítiques, 1932-39*, Curial, Barcelona, 1977, y *Sociologia dels polítics de la Generalitat, 1931-1939*, Curial, Barcelona, 1977. Señalemos por último la presencia de visiones generales, en vena más patriótica que analítica y, por tanto, difícilmente encajables en la renovación historiográfica desde un punto de vista metodológico: Félix CUCURULL, *Panoràmica del nacionalisme català*, Ed. Catalanes de París, 1975-76, 6 vols; y J.M. POBLET, *Història bàsica del catalanisme*, Pòrtic, Barcelona, 1977.

<sup>20</sup> Destacaremos: J. J. SOLOZABAL, *El primer nacionalismo vasco. Industrialismo y conciencia nacional*, Túcar, Madrid, 1975; J.C. LARRONDE, *El nacionalismo vasco. Su origen y su ideología en la obra de Sabino Arana (1972)*, Txertoa, San Sebastián, 1977; A. ELORZA, *Ideologías del nacionalismo vasco*, Haranburu, San Sebastián, 1978; J.P. FUSI, *El problema vasco en la Segunda República*, Turner, Madrid, 1979; y J. CORCUERA, *Orígenes, ideología y organización del nacionalismo vasco (1876-1904)*, Siglo XXI, Madrid, 1979. La obra de S. G. PAYNE, *El nacionalismo vasco*, Dopesa, Barcelona, 1974, se inscribe en el hispanismo neopositivista británico y, por tanto, no pertenece al fenómeno que consideramos.

<sup>21</sup> A pesar de la abundancia relativa de títulos de literatura autoafirmativa, sólo se deben encuadrar en una incipiente renovación historiográfica la obra pionera de J. R. BARREIRO FERNANDEZ, *El levantamiento de 1846 y el nacimiento del galleguismo*, Pico Sacro, Santiago, 1977; el estudio sobre el proceso estatutario de J. VILAS NOGUEIRA, *O Estatuto Galego*, Ed. do Rueiro, Coruña,

descriptiva, ha resistido bastante bien el paso del tiempo<sup>22</sup>. El andalucismo, autoconstruyéndose aceleradamente en la transición y con unos antecedentes histórico-reales muy endeble, genera más un discurso autoafirmativo que una historiografía casi imposible, discurso en el que ocupan lugares centrales la apología de Blas Infante y la identificación de todo movimiento descentralizador del pasado con un supuesto protonacionalismo andaluz<sup>23</sup>. Mucho más *à la page* son las primeras aproximaciones a la historia del aragonesismo, apoyadas además en un buen desarrollo de la historia regional, de Fernández Clemente, Forcadell, Germán Zubero y Mainer, aunque se expresen casi siempre en forma de artículos breves y a pesar de la poquedad de su objeto de estudio. En cuanto al nacionalismo español, el papel del Estado y las interacciones entre éstos y los nacionalismos y regionalismos periféricos, esta década sigue mostrándonos un verdadero yermo sólo aliviado aquí y allá por algunos apuntes de gran calidad pero insuficientes para formar un mínimo corpus historiográfico<sup>25</sup>, y por obras que responden a la lógica preocupación que suscita, a partir de 1975, la reestructuración del Estado<sup>26</sup>.

---

1975, y la polémica entre estos dos autores en la revista *Grial* en torno a la relación federalismo-galleguismo en Galicia. La obra de A. ALFONSO BOZZO, *Los partidos políticos y la autonomía en Galicia. 1931-1936*, Akal, Madrid, 1976, plagada de errores factuales, es, en lo que se refiere al galleguismo, un ejemplo de lo que no debe ser una investigación hecha desde la Universidad.

<sup>22</sup> Alfons CUCO, *El valencianisme polític (1874-1936)*, Garbí, Valencia, 1971; *Estatutismo y valencianismo*, F. Torres, Valencia, 1976; y *Sobre la ideología blasquista*, Eliseu Climent, Valencia, 1979.

<sup>23</sup> Vid. José ACOSTA SANCHEZ, *Andalucía. Reconstrucción de una identidad y lucha contra el centralismo*, Anagrama, Barcelona, 1978; *Historia y cultura del pueblo andaluz. Algunos elementos metodológicos y políticos*, Anagrama, Barcelona, 1979; y en vena similar, ya en los ochenta: *La Constitución de Antequera. Estudio teórico-crítico. Democracia, federalismo y andalucismo en la España contemporánea*, Fundación Blas Infante, Sevilla, 1983. También J. A. LACOMBA, *La forja de un ideal andaluz*, Aljibe, Granada, 1979 y J. L. ORTIZ DE LANZAGORTA, *Blas Infante. Vida y muerte de un hombre andaluz*, Grafitalica, Sevilla, 1979.

<sup>24</sup> Véanse los numerosos artículos publicados por estos autores en *Andalán* años setenta y J.C. MAINER, *Regionalismo, burguesía y cultura. Los casos de la «Revista de Aragón» 1900-1905 y «Hermes» 1917-1922*, Barcelona, 1974; E. FERNANDEZ CLEMENTE, *Los aragoneses*, Itismo, Madrid, 1977 y *Aragón contemporáneo. Siglo XXI*, Madrid, 1975; y J.C. MAINER «El aragonesismo político», *Sistema*, n.º 8, 1975.

<sup>25</sup> A. ELORZA, «El nacionalismo conservador de José M.ª Gil Robles» y «Carácter nacional e ideología» en *La utopía anarquista...*, Ayuso, Madrid, 1973; J. JIMÉNEZ CAMPO, «Aproximación a un modelo de partido fascista. El caso del Partido Nacionalista Español», *Sistema*, n.º 22, 1978; J.J. LINZ, «Early State-Building and Late Peripheral Nationalism against the State», en S. EISENSTADT y S. ROKKAN, eds., *Building States and Nations*, Sage, Londres, 1973; B. SCHMIDT, *El problema español de Quevedo a Azaña*, Edicusa, Madrid, 1977; J.M. JOVER, «La creación de una Administración moderna y la creación de un Estado unitario» y «Centralismo y Nacionalismo. Sobre la idea de España en la época de los nacionalismos europeos», en *La era isabelina y el sexenio democrático*, Historia de España Menéndez Pidal, tomo XXXIV, Espasa-Calpe, Madrid, 1981. La obra de Antonio RAMOS OLIVEIRA, *La unidad nacional y los nacionalismos españoles*, Grijalbo, México, 1970, se encuadra en una tradición historiográfica anterior.

<sup>26</sup> S. DEL CAMPO et alii, *La cuestión regional española*, Edicusa, Madrid, 1977; C. GISPERT y J.M. PRATS, *España: un Estado plurinacional*, Blume, Barcelona, 1978; A. HERNANDEZ LAFUENTE,

A modo de conclusión de este apretado repaso al período 1965-80, creo que debo resaltar lo siguiente:

—La renovación es más cualitativa que cuantitativa, pues sólo se consolida en las historiografías catalana y vasca, e incluso en estos casos son más los períodos, dimensiones y tendencias ideológico-políticas que quedan por estudiar adecuadamente en cada nacionalismo que los bien investigados. Y así el esfuerzo investigador se polariza en el momento de aparición de los nacionalismos propiamente dichos (fines del siglo XIX y principios del XX) y en las fuerzas que dominan tal hecho (Lliga, PNV), dejando más en barbecho no sólo el largo e incierto período previo de «preparación» del parto (desde los primeros vagidos provincialistas y fueristas en los años 1830 y 1840), sino también la plenitud de la época de entreguerras, por no hablar ya de la Dictadura de Franco y la Segunda Restauración cuyo descuido era casi obligado por la inmediatez temporal. Lo mismo sucede con las tendencias no hegemónicas durante el período privilegiado, a pesar de que en algún caso (Cataluña) llegan a serlo después. En cuanto a las dimensiones, resulta algo paradójico que una historiografía nacida de esa matriz marxiana y que mantiene en todo momento su vocación de relacionar nacionalismo con estructuras socioeconómicas y dinámicas sociopolíticas, descuide casi totalmente la investigación directa y rigurosa de los ámbitos sociales de asentamiento, crecimiento y acción de su objeto, y se ciña tanto a las ideologías, las organizaciones, la acción política y la presencia electoral e institucional.

—Salvo en el caso del nacionalismo español, el vigor de esa renovación es proporcional al desarrollo de la historiografía regional correspondiente —lo cual era de esperar— de la que depende para poder reconstruir de un modo satisfactorio la totalidad del proceso. Naturalmente, esta correlación, así como su excepción, se sigue dando en los años ochenta.

—En parte como consecuencia de lo anterior, y en parte debido al subdesarrollo relativo de las reflexiones teóricas sobre los nacionalismos y su estudio, los procesos de *nation-building*, o de nacionalización colectiva de la comunidad con respecto a este o aquel referente nacional, no se plantean conscientemente como línea de investigación *per se*.

—El carácter selectivo de los estudios y los consiguientes resultados parciales impiden la elaboración de historias completas de cada nacionalismo a tono con las nuevas orientaciones, y más aún las síntesis aceptables sobre el conjunto de la cuestión nacional en la España contemporánea.

—Se aprecia una notable ausencia de «diálogo» con historiografías extranjeras homónimas.

## Los años ochenta: crecimiento y algunos progresos

En esta década, continuidad y cambio se combinan de un modo más integrado, menos rupturista, que en la precedente. Las metodologías se diversifican y, en parte, se desideologizan. La distancia entre una práctica en rápido desarrollo y una teoría subdesarrollada aumenta, a pesar de que se inicia, débilmente, ese diálogo antes inexistente y se deja sentir la influencia de otras escuelas exteriores, aunque todavía con bastante superficialidad. Pero el rasgo más sobresaliente es la notable expansión productiva que da lugar al crecimiento de los núcleos de investigación consolidados y al nacimiento de otros nuevos, lo que se traduce en una gran acumulación de conocimientos positivos en casi todos los ámbitos territoriales y temáticos. Y aunque las carencias de fondo que hemos señalado no se resuelven totalmente, al menos se adquiere conciencia de ellas y se dan los primeros pasos para su superación. Veamos todo esto con algo más de detalle.

En Cataluña, la obra de E. Ucelay abre el fuego, y no sólo en sentido cronológico, al abordar el catalanismo populista de izquierda y el período republicano, relacionando su composición interclasista, las ambigüedades de su discurso y su radicalismo con las estructuras socioeconómicas catalanas y la coyuntura de la crisis para explicar las claves de su éxito. El mismo autor y otros cubren estas tendencias y esos años así como sus precedentes en la Dictadura de Primo de Rivera, bajo cuya aparente y forzada inmovilidad se producen mutaciones ideológicas y organizativas y corrimientos internos que son decisivos para explicar el giro copernicano de 1931<sup>27</sup>. Por otra parte, y en línea con la etapa anterior, el estudio del catalanismo obrero recibe una atención en cierta medida desproporcionada respecto de su importancia relativa<sup>28</sup>. También se ha atendido al catalanismo político anterior a las Lligas, aunque aquí el progreso creo que es menor<sup>29</sup>. El estudio diferenciado de las ideologías, un tanto descuidado desde el libro de J. Solé Tura,

---

<sup>27</sup> E. UCELAY DA CAL, *La Catalunya populista. Imatge, cultura i política en l'etapa republicana (1931-1939)*, La Magrana, Barcelona, 1982, y *Estat Català. The Strategies of Separation and Revolution of Catalan Radical Nationalism (1919-1931)*, tesis doctoral, Columbia University, New York, 1979; M. BARAS, *Acció Catalana 1922-1936*, Curial, Barcelona, 1984; F. CUCURULL, *Catalunya republicana i autònoma (1931-1936)*, Barcelona, 1984; M.D. IVERN, *Esquerra Republicana de Catalunya*, Pub. de l'Abadia de Montserrat, 1988-89, 2 vols.

<sup>28</sup> R. ALCARAZ, *La Unió Socialista de Catalunya (1923-36)*, La Magrana, Barcelona, 1987; M. CAMINAL, *Joan Comorera. Catalanisme i socialisme*, Ed. Empuries, Barcelona, 1984-85, 3 vols.; J. SABATER, *Anarquisme i catalanisme. La CNT i el fet nacional català durant la guerra civil*, Ed. 62, Barcelona, 1986; M. BARCELO, *El pensament polític de Serra i Moret. Nació, democràcia i socialisme*, Llibres a l'Abast, Barcelona, 1986; y I. TUBELLA, *Jaume Compte i el Partit Català Proletari*, La Magrana, Barcelona, 1982.

<sup>29</sup> Por ejemplo, M. RAMISA, *Els orígens del catalanisme conservador i «La Veu de Montserrat»*, Eumo, Vic, 1985; J.M. FRADERA, *El primer Congrés Catalanista i Valentí Almirall*, Generalitat de Catalunya, Barcelona, 1985; M. JORDA, *Manuel Milà i Fontanals i la seva època*, Curial, Barcelona, 1985.

se ha reanudado con bastante vigor, si bien parece faltar un modelo analítico sistemático que dé coherencia a cada trabajo individual, y en relación con esto hay que citar algún rebrote de la *Kulturgeschichte*, campo que, por cierto, es uno de los pocos en que se ha contemplado la interacción catalanismo-españolismo<sup>30</sup>. La investigación de la historia social del nacionalismo se ha abierto felizmente con los trabajos de Lladonosa y Nagel<sup>31</sup>. La historia de las instituciones de gobierno y administración, que en Cataluña menos que en ningún otro caso —salvo el español— puede ser ajena al nacionalismo, y que en la década anterior había sido iniciada por Pitarch con sus trabajos sobre la Generalitat y el Parlament de la II República, da ahora un espléndido fruto con el estudio de la Diputación de Barcelona, dirigido por Borja de Riquer<sup>32</sup>. Señalemos, por último, los primeros estudios sobre la etapa posterior a la guerra civil<sup>33</sup>.

Estamos, pues, ante una labor bastante impresionante, lo que no impide que queden huecos aún. Por ejemplo, buena parte del catalanismo decimonónico, continuar con lo mucho que resta de historia social, etc. Sin embargo, quizá lo que más eche en falta un observador externo es la elaboración de síntesis parciales y de una nueva historia completa del catalanismo, hoy posible y hasta necesaria, dada la acumulación de investigaciones monográficas de calidad.

La historiografía del nacionalismo vasco es probablemente la que más y mejor ha progresado en los ochenta. La lección que se le reserva en este mismo curso me exime de descender al detalle y seguir abusando de las citas bibliográficas. Sí he de decir, no obstante, que ha realizado una gran parte de las tareas que tenía pendientes: el estudio del minoritario nacionalismo liberal (J. L. Granja), de la fase postsabiniana hasta 1923 (L. Mees, I. Estornés), de los años de la República y la Guerra Civil (J.L. Granja, C. Garitaonandía, S. de Pablo), de buena parte de sus bases sociales y sus relaciones con la sociedad vasca (L. Mees, S. de Pablo, D. Unanue, M. Aizpuru), de gran parte del fuerismo y el carlismo en lo que es relevante para el nacionalismo (C. Blasco, J. Fernández Sebastián, J. Extramiana, V. Garmendia),

<sup>30</sup> H. HINA, *Castilla y Cataluña en el debate cultural 1714-1939* (1974), Península, Barcelona, 1986; J.R. LLOBERA, «The Idea of Voolksgeist in the formation of Catalan nationalist ideology», *Ethnic and Racial Studies*, VI, n.º 3, jul. 1983; J.M. COLOMER, *Espanyolisme i catalanisme. La idea de nació en el pensament polític català (1939-1979)*, L'Avenç, Barcelona, 1984; A. BALCELLS, ed., *El pensament polític català (Del segle XVIII a mitjan segle XX)*, Ed. 62, Barcelona, 1988; y N. BILBENY, *La ideologia nacionalista a Catalunya*, Laia, Barcelona, 1988.

<sup>31</sup> M. LLADONOSA, *Catalanisme i moviment obrer entre 1903 i 1923*, Pub. de l'Abadia de Montserrat, 1988; K.J. NAGEL, *Arbeiterhaft und nationale Frage in Katalonien zwischen 1898 und 1923*, tesis doctoral, Universidad de Bielefeld, 1989.

<sup>32</sup> BORJA DE RIQUER, dir., *Història de la Diputació de Barcelona*, Diputació de Barcelona, 1987-88, 3 vols.

<sup>33</sup> J. MARCET, *Convergència Democràtica de Catalunya*, CIS-Siglo XXI, Madrid, 1987; F. RUBIALTA, *Orígens i desenvolupament del PSAN (1969-1974)*, La Magrana, Barcelona, 1988.

del desarrollo de la ideología nacionalista que a veces es sometida a análisis demoledores (J. Juaristi, J. Aranzadi, A. de Otazu), de las relaciones con la Iglesia (F. García de Cortázar), de la etapa franquista y postfranquista y el fenómeno ETA (J. A. Garmendia, J. M. Garmendia, A. Pérez Agote, G. Jáuregui, A. Gurrutxaga, J. Apalategui, F. Letamendia), etc. Incluso se da en el ámbito vasco una proporción notable de la muy escasa producción teórica peninsular relacionada con los nacionalismos<sup>34</sup>, y aunque estas aportaciones no son concluyentes, tienen el gran valor de abordar con seriedad una de las grandes asignaturas pendientes de nuestra historiografía.

Con todo, parece que es preciso seguir investigando en las bases sociales del nacionalismo para completar lo iniciado, en el período de la Dictadura de Primo de Rivera, en su relación con las instituciones forales (aspecto este ya iniciado por J. Aguirreazkuenaga) y, aunque en el caso vasco esto está más adelantado que en otros, en los procesos y mecanismos de nacionalización de la comunidad. Con todo, y dado lo insatisfactorio de algunas historias aventuradas recientemente<sup>35</sup>, la labor mayor a plantearse de cara al futuro probablemente sea, como en Cataluña, la de la síntesis.

En Galicia, los ochenta son los años del verdadero cambio en nuestro campo, y en otros como la historia agraria. Las investigaciones de un número reducido de historiadores, algunos guiados por los nuevos criterios, han permitido describir, y en algunos casos analizar, la acción política, las organizaciones y las ideologías del galleguismo en la fase regionalista y en la nacionalista anterior a 1936, así como determinar su base social en 1886-1907 y 1916-31. Al mismo tiempo, R. Maiz y quien esto escribe han elaborado modelos específicos para el análisis de las ideologías nacionalistas (sin duda la dimensión más importante del galleguismo hasta la República) que, en lo que al mío respecta, aún está sometido a prueba y en proceso de completarse a modelo analítico completo del fenómeno nacionalista<sup>36</sup>. Quedan por estudiar adecuadamente, mediante investigaciones que están en marcha en su mayor parte, la fase provincialista<sup>37</sup>, el período de Solidaridad Gallega (1907-1912/15), casi todo lo

<sup>34</sup> J. R. RECALDE, *La construcción de las naciones. Siglo XXI*. Madrid, 1982; G. JAUREGUI, *Contra el Estado-nación. En torno al hecho y la cuestión nacional*. Siglo XXI. Madrid, 1986.

<sup>35</sup> F. GARCÍA DE CORTÁZAR y J.M. AZCONA, *El nacionalismo vasco*. Historia 16, Madrid, 1991.

<sup>36</sup> R. MAIZ, *Alfredo Brañas*, Galaxia, Vigo, 1983, y *O Rexionalismo galego. Organización e ideoloxía: 1886-1907*, Ed. do Castro, Sada, 1984; Justo G. BERAMENDI, *Vicente Risco no nacionalismo galego*, Ed. do Cerne, Santiago, 1981, 2 vols.; *El nacionalismo gallego en el primer tercio del siglo XX*, op. cit.; (y R. VILLARES, eds), *Actas Congreso Castela*. Xunta de Galicia-Universidad de Santiago, 1990; X. CASTRO PEREZ, *O galeguismo na encrucillada republicana*, Diputación Provincial de Ourense, 1985, 2 vols.; F. BOBILLO, *Nacionalismo gallego. La ideología de Vicente Risco*, Akal, Madrid, 1981; X.M. NUÑEZ SEIXAS, *O galeguismo na emigración*. Ed. do Castro, Sada (en prensa); A. ROJO, *As Mocedades Galeguistas*, Galaxia, Vigo, 1987; X.R. QUINTANA y M. VALCARCEL, *Ramón Otero Pedrayo*. Ir Indo, Vigo, 1988.

<sup>37</sup> Sobre esta fase hay, sin embargo, algunas monografías dignas de mención, aparte del libro ya citado de X.R. BARREIRO, como son una parte de los trabajos recogidos en *Actas do Congreso Internacional de estudos sobre Rosalía de Castro e o seu tempo*. Consello da Cultura Galega-

que se refiere a la historia social del galleguismo, su estasiología y presencia en la administración local en la época republicana, y el nacionalismo posterior a la guerra civil en todas sus dimensiones. Estas carencias, junto con las de la historia de la Galicia contemporánea (salvo la historia agraria), dificultan mucho llegar a esquemas explicativos rigurosos por el momento.

El estudio de los regionalismos restantes ha avanzado también en esta década aunque de modo desigual, cosa por otra parte inevitable. En el caso del andalucismo se observan con claridad dos líneas: una más continuista respecto de los setenta, que reconstruye minuciosamente los hechos pasados con una vocación historicista y apologética y adolece de carencias analíticas<sup>38</sup>; y otra, menos andalucista y más sociológica, que parte de las estructuras y la dinámica socioeconómica de la región para explicar la atrofia del andalucismo anterior a 1936<sup>39</sup>. El valencianismo, cuya historia básica había sido trazada por A. Cucó y otros en los setenta, y una vez amainan los vientos autonomistas de la transición, parece interesar menos a los estudiosos que otros movimientos conexos pero diferentes (y desde luego de más peso histórico) como el blasquismo<sup>40</sup>. En Aragón, la línea emprendida antes cambia bastante de actores y da lugar a monografías e historias del aragonesismo que, aun pecando a veces de descriptivismo, cubren bien la evolución de un proceso relativamente secundario en la realidad histórica de la región<sup>41</sup>. Y por último me limitaré a mencionar, pues no puedo extenderme más, la existencia de un corpus de estudios sobre el regionalismo balear

---

Univ. de Santiago, 1986, 3 vols; A. MATO, *Historiografía y nacionalismo. La construcción histórica de Galicia por los historiadores gallegos del siglo XIX y primer tercio del XX*, Memoria de Licenciatura, Universidad Santiago, 1981; C. DAVIES, *Rosalía de Castro no seu tempo*, Galaxia, Vigo, 1987; y F. RODRIGUEZ, *Análise sociolóxica da obra de Rosalía de Castro*, ASPG, Vigo, 1988.

<sup>38</sup> J.A. LACOMBA ABELLAN, *Regionalismo y autonomía en la Andalucía contemporánea (1835-1936)*, Caja General de Ahorros, Granada, 1988. Véase también, para esta y para la otra tendencia, *Actas del... Congreso sobre el andalucismo histórico*, Fundación Blas Infante, Sevilla (1, 1985; II, 1987). En una línea diferente, F. ARCAS CUBERO, *El movimiento georgista y los orígenes del andalucismo*, Caja de Ahorros de Ronda, Málaga, 1980.

<sup>39</sup> E. SEVILLA GUZMAN, ed., *Aproximación sociológica al andalucismo histórico*, Ayuntamiento de Córdoba, 1990, y «Estructura social e identidad andaluza», en F. HERNANDEZ y F. MERCADE, eds., *Estructuras sociales y cuestión nacional en España*, Ariel, Barcelona, 1986; M. GONZALEZ MOLINA y E. SEVILLA, «En los orígenes del nacionalismo andaluz: reflexiones en torno al proceso fallido de socialización del andalucismo histórico» *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n.º 40, octubre-diciembre 1987.

<sup>40</sup> V. FRANCH, *El nacionalisme agrarista valencià (1918-1923)*, Ed. Prometeo, Valencia, 1980, 2 vols; M. ALCARAZ, *Cuestión nacional y autonomía valenciana*, I. Juan Gil Albert, Alicante, 1985; D. MOLLA, «Estructura social e identidad valenciana», en F. HERNANDEZ y F. MERCADE, eds., 1986, *op. cit.*; M. AZNAR y R. BLASCO, *La política cultural al País Valencià (1927-1939)*, Alfons El Magnanim, Valencia, 1985; V. FRANCH, *El blasquisme: Reorganització i conflictes polítics (1929-1936)*, A. de Xàtiva, Valencia, 1984.

<sup>41</sup> A. PEIRO y B. PINILLA, *Nacionalismo y regionalismo en Aragón (1868-1942)*, Unali, Zaragoza, 1981; A. EMBID y C. FORCADELL, *El anteproyecto de Estatuto de Autonomía de Aragón de 1931*, Diputación Provincial de Zaragoza, 1985; E. JULIA, *Gaspar Torrente. Entre Catalunya i l'Aragó*, Xarxa Cultural, Barcelona, 1988.

desde la década anterior<sup>42</sup>, y la aparición de las primeras aproximaciones al nacionalismo canario y los débiles regionalismos castellano y extremeño<sup>43</sup>.

Pero en este panorama de progreso indudable observamos dos vacíos que resultan especialmente graves, desde el punto de vista de lo que podríamos llamar modelo analítico «ideal». En efecto, todo nacionalismo constituye un fenómeno histórico de una especial complejidad, tanto en sí mismo como en sus relaciones con otros procesos conexos. Esta obviedad lo es menos si intentamos determinar cómo se debería descomponer analíticamente ese fenómeno para desentrañar su naturaleza y sus pautas evolutivas, en suma, para hacerlo comprensible. En este sentido creo que es útil considerarlo formado por un conjunto de dimensiones interactivas que nos permitan buscar, ordenar y relacionar los datos empíricos, simples o complejos. Dimensiones, por un lado, *intrínsecas* (social, organizativa, política, ideológica, etc.) o correspondientes al nacionalismo en sí; y por otro lado, *relacionales* (con los grupos sociales, con el Estado, con las estructuras económicas, con la etnicidad, con otros movimientos políticos, etc.), correspondientes a las interacciones del nacionalismo con el mundo entorno. Si las primeras son básicas para decirnos *qué* fue un nacionalismo, las segundas lo son para que podamos plantearnos *por qué* fue así.

Pues bien, en el caso de la España contemporánea, la importancia de las dimensiones relacionales se acrecienta aún más por el hecho de que el proceso histórico real consiste en la coexistencia conflictiva de varios nacionalismos en el seno del mismo Estado y en un espacio socioeconómico, al principio profundamente fragmentado, pero que se va integrando y unificando progresivamente. Y en particular, por una realidad que hoy reconocemos todos: el primero que nace y se desarrolla es el nacionalismo español; los demás vienen después, mucho después, y además se definen y afirman en su negación de aquél. Por tanto, parece evidente que el conocimiento del nacionalismo español en sí y el de sus relaciones con los otros son capitales para llegar a una reconstrucción cabal del conjunto de la cuestión nacional en España e incluso de la de cada una de sus partes.

Esto define dos campos de estudio no estancos que, en esta perspectiva, deberían ser prioritarios: nacionalismo español e interacciones. Hemos visto que hasta 1980 éstos eran justamente los aspectos más descuidados. ¿Qué ha sucedido con ellos en los ochenta? Pues que tampoco se ha avanzado gran cosa, salvo en el reconocimiento de que existen esas carencias y que es preciso superarlas.

---

<sup>42</sup> A. LLULL, *El mallorquinisme polític*, Ed. Catalanes de París, 1975; B. PEÑARRUBIA, *Mallorca davant el centralisme 1868-1910*, Curial, Barcelona, 1980; S. SERRA, *Les Illes Balears de la Dictadura a la Segona República*, Palma Mallorca, 1981.

<sup>43</sup> J. HERNANDEZ BRAVO, «El nacionalismo canario: su entorno social y político», en F. HERNANDEZ y F. MERCADE, eds., 1986, *op. cit.*; E. ORDUÑA, *El regionalismo en Castilla y León*, Ambito, Valladolid, 1986; y J. SANCHEZ, «El regionalismo extremeño», en J.P. FUSI, ed., *España. Autonomías*, Madrid, 1989.

En lo que se refiere a los estudios relacionales, no han faltado los intentos de estimularlos organizando encuentros de especialistas de los diferentes ámbitos territoriales. Pero tanto el vasco-catalán de Sitges en 1982 como los más generales de Santiago en 1983, Córdoba en 1985 y Mariñán en 1988 o la publicación colectiva de 1986 han sido más la yuxtaposición de historiografías «ensimismadas», por utilizar la expresión de Borja de Riquer, que pasos decididos en la dirección de un auténtico análisis comparado, aunque al menos han tenido la virtud de poner la cuestión sobre el tapete y estimular unas primeras, e interesantes aunque insuficientes, reflexiones de conjunto<sup>44</sup>. De todos modos, estamos aún muy lejos de aplicar sistemáticamente el método comparativo tan en boga hoy en Europa<sup>45</sup>, y probablemente no sea ajena a ello nuestra dejadez teórica (de la que deriva que cada cual vaya conceptual y metodológicamente por su lado) y un aislamiento respecto de la correspondiente comunidad científica internacional que sólo en los últimos tiempos empieza a quebrarse poco a poco. A pesar de ello, se han iniciado los primeros trabajos en este campo<sup>46</sup>.

Pero hay otra causa mayor: apenas se ha avanzado nada en una historiografía adecuada sobre el nacionalismo español y sobre la acción nacionalizadora del Estado español contemporáneo. Y mal podremos relacionar y comparar si desconocemos casi por completo uno de los polos de la relación. De poco ha servido en la práctica que se insistiese una y otra vez en ello, desde A. Elorza, J. Corcuera y yo mismo en 1983 hasta I. Molas y B. de Riquer en 1988. Los resultados hasta ahora han sido sorprendentemente escasos e

---

<sup>44</sup> Vid., respectivamente, M. GONZÁLEZ PORTILLA, J. MALUQUER y B. DE RIQUER, eds., *Industrialización y nacionalismo. Análisis comparativos*, Universidad Autónoma de Barcelona, 1985; *Los nacionalismos en la España de la Restauración*, en *Estudios de Historia Social*, n.º 28-29, Madrid, 1984; *Nacionalismos y regionalismos en España*, Universidad de Córdoba, 1985; F. HERNÁNDEZ y F. MERCADE, eds., *Estructuras sociales y cuestión nacional en España*, Ariel, Barcelona, 1986; y J. G. BERAMENDI y R. MAIZ, *Los nacionalismos en la España de la Segunda República*, Siglo XXI, Madrid, 1991.

<sup>45</sup> Un buen ejemplo de este método en M. HROCH, *Social Preconditions of National Revival in Europe*, Cambridge University Press, Cambridge, 1985, así como el enfoque de muchos de los trabajos presentados a Second International Conference of the ISSEI (Lovaina, sept. 1990) o al encuentro «Typen europäischer Nationalbewegungen im 19. und 20. Jahrhundert» (Bielefeld, marzo 1991), y dentro de éste el trabajo de Juan J. LINZ, «Nationalism in Spain in Comparative Perspective».

<sup>46</sup> Aparte de la obra de H. HINA y otras ya citadas, véase E. UCELAY, «L'analogía falsa: el nacionalismo basc davant de la República Catalana i la Generalitat provisional», en *Industrialización y nacionalismo...*, 1985; «Política de fuera, política casera: una valoración de la relación entre nacionalistas catalanes y vascos, 1923-26», en M. TUÑÓN DE LARA, ed., *Gernika...*, UPV, 1987; «Vanguardia, fascismo y la interacción entre nacionalismo español y catalán...», en BERAMENDI-MAIZ, eds., 1991, *op. cit.*; J. FONTANA, ed., *Catalunya i Espanya al segle XIX*, Barcelona, 1987; X. ESTEVEZ, *De la Triple Alianza al Pacto de San Sebastián*, Universidad de Deusto, Bilbao, 1991; J. L. GRANJA, «La alianza de los nacionalismos periféricos en la II República», en BERAMENDI-VILLARES, eds., *Congreso Castelao*, *op. cit.*; D. CONVERSI, «Considerazioni sul caso catalano in una prospettiva comparata», *La Critica Sociologica*, n.º 88, 1989.

incluso pobres: algunos trabajos interesantes sobre el contenido nacionalista de la historiografía española del siglo XIX<sup>47</sup>, hipótesis valiosas sobre la relación entre las imperfecciones de la revolución burguesa española, y la consiguiente ineficacia nacionalizadora del Estado liberal, y el nacimiento de los nacionalismos periféricos, monografías sobre las variantes extremas del españolismo en el siglo XX, y aportaciones muy puntuales bajo el epígrafe pertinente pero que se limitan a abordar, con una metodología arcaica y asistemáticamente el pensamiento de este o aquel ideólogo, y ello con una mal disimulada inclinación pragmática españolista, más propia de tiempos historiográficos felizmente superados en casi todas partes<sup>48</sup>.

Cierto es que el estudio del nacionalismo español presenta dificultades añadidas, incluso conceptuales, hasta el punto de que hay autores que niegan entidad de *nacionalismo* a las lealtades difusas referidas a un Estado consolidado<sup>49</sup>, tesis con la que en absoluto estoy de acuerdo. Cierto que es muy complicado integrar y orientar con otra perspectiva la nutrida producción de las historiografías sectoriales «españolas» (sobre transformaciones socioeconómicas, desarrollo constitucional, partidos, ideologías, movimientos sociales, etc.) y que no es pequeño el efecto inhibitor del propio españolismo subyacente, que tiende a defenderse de la negación de la nación española con argumentos «modernizadores» que descalifican *todo* nacionalismo por inconveniente, desintegrador, arcaizante, etc., para lo cual ha de ocultarse el nacionalismo español desde el que se reacciona. Pero todo esto no justifica tal desidia desde el punto de vista estrictamente profesional de historiadores. Ni creo que contribuyan a mejorar la situación polémicas sobre si ha sido bueno o malo el desarrollo de las historiografías regionales, como la mantenida recientemente entre J. P. Fusi y B. de Riquer, en la que late un resto de enfrentamiento nacionalista e incluso de ecos esencialistas, aunque sólo sea bajo la forma de esa boutade inteligentemente provocadora del segundo: «la nación española no existe»<sup>50</sup>.

A estas alturas, para el historiador la nación, en cuanto categoría analítica, ni existe ni deja de existir, y en cuanto realidad sólo existe objetivamente en la medida, y estrictamente en la medida, en que un colectivo humano cree que existe y actúa políticamente en consecuencia. No es, pues, algo dado que permita explicar otras cosas, sino al contrario, es a ella a la que

<sup>47</sup> Por ejemplo, P. CIRUJANO, T. ELORRIAGA y J. S. PÉREZ GARZÓN, *Historiografía y nacionalismo español. 1834-1868*, CSIC, Madrid, 1985; VVAA, *Posibilidades y límites de una historiografía nacional*, Instituto Germano-Español de Investigación, Madrid, 1984; J.M. JOVER, «Caracteres del nacionalismo español, 1854-1874», *Zona Abierta*, n.º 31, Madrid, 1984.

<sup>48</sup> Vid. A. de BLAS GUERRERO, *Sobre el nacionalismo español*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1989.

<sup>49</sup> Vid. John BREUILLY, *Nacionalismo y Estado*, Pomares, Madrid, 1989.

<sup>50</sup> B. de RIQUER, «Sobre el lugar de los nacionalismos y regionalismos en la Historia Contemporánea española», *Historia Social*, n.º 7, 1990; y J.P. FUSI, «Revisiónismo crítico e historia nacionalista (a propósito de un artículo de Borja de Riquer)», *Ibidem*.

hay que explicar. Sólo desde esta neutralidad nacional será posible seguir avanzando por terreno firme en las tareas historiográficas pendientes: completar lo que queda sin estudiar en los nacionalismos y regionalismos periféricos en sí mismos (que es mucho menos hoy que hace veinte años), investigar el nacionalismo español, abordar las interrelaciones, y perfeccionar considerablemente nuestro instrumental metodológico, ahora que el acopio informativo ha dejado de ser la labor más urgente en la mayoría de los casos.